Que yo, químico —dispuesto a escribir aquí asuntos de química—, viví en situaciones diferentes a las actuales, se ha explicado en otros lugares.

Pasados treinta años, me resulta difícil reconstruir qué tipo de ser humano correspondiese, en noviembre de 1944, a mi nombre o, mejor dicho, a mi número: 174517. Quizá había superado la crisis más fuerte, la de haber ingresado en el campo de exterminio, y había desarrollado una callosidad extraña si ya entonces era capaz no solo de sobrevivir sino incluso de pensar, de grabar en mi interior lo que veía alrededor e, incluso, de trabajar en algo delicado en un ambiente que la presencia cotidiana de la muerte había infectado y, además, había hecho frenético a medida que se acercaban los rusos libertadores, apenas a ochenta kilómetros de nosotros. La desesperación y la esperanza se alternaban a un ritmo que habría destruido en una hora a una persona normal.

Nosotros no éramos normales porque teníamos hambre. El hambre que teníamos entonces no tenía que ver con el hambre (común y no del todo desagradable) de quien se salta una comida o una cena y está seguro de que no se saltará la siguiente: era una necesidad, una carencia, un *yearning,*

que nos acompañaba desde hacía un año, había echado en nosotros raíces profundas y permanentes, habitaba en nuestras células y nos condicionaba el comportamiento. Comer, procurarse la comida, era el primer estímulo; el segundo, a mucha distancia, eran los otros problemas de la supervivencia y, todavía a más distancia, los recuerdos de casa y aun el miedo a la muerte.

Era un químico en una fábrica química, en un laboratorio químico (esto también lo he dicho), y robaba para comer. Si no se empieza de niños, aprender a robar no es fácil. Necesité varios meses para reprimir los principios morales y para adquirir las técnicas necesarias. Llegado a un punto me vi (con media sonrisa y una pizca de ambición satisfecha) encarnar, yo doctorcillo buen chico, la evolución-involución de un famoso perro buen chico, de un perro victoriano y darwiniano deportado que se hace ladrón para vivir en su «campo de exterminio» de Klondike, el gran Buck de *La llamada de la selva*. Robaba como él, y como lo hacían los zorros: siempre que tenía oportunidad, con escondida astucia y sin arriesgarme. Robé de todo, excepto el pan de mis compañeros.

El laboratorio era terreno aún por explorar desde el punto de vista de lo que se pudiera robar. Había gasolina y alcohol, presas banales e incómodas. Muchos las robaban en diversos puntos de la fábrica; la oferta era mucha, pero mucho era también el riesgo, porque los líquidos necesitan recipientes. Es el eterno problema del embalaje, que los químicos con un poco de experiencia conocen, y lo sabía también el Padre eterno, que lo resolvió brillantemente, por su parte, con las membranas celulares, la cáscara de los huevos, la piel múltiple de las naranjas, y con nuestra piel, que líquido somos nosotros, al fin y al cabo. Entonces no existía

el polietileno, que me hubiera ido bien porque es flexible, ligero y espléndidamente impermeable, aunque demasiado incorruptible, y no por casualidad el Padre eterno, que es también experto en polimerización, se abstuvo de patentarlo: a Él, las cosas incorruptibles no le gustan.

En ausencia de embalajes y cajas adecuadas, el botín tenía que ser, para ser ideal, sólido, perecedero y, sobre todo, nuevo. Debía tener un gran valor unitario; es decir, no voluminoso, porque por lo general nos cacheaban al salir del trabajo antes de entrar en el campo. Finalmente, debía ser útil y deseado por, al menos, una de las clases sociales que componía el complicado universo de los campos de exterminio.

Lo intenté varias veces en el laboratorio. Robé algunos cientos de gramos de ácidos grasos, fatigosamente obtenidos por oxidación de la parafina que tenía un colega al otro lado de la barricada. Comí casi la mitad, y saciaban en verdad el hambre, pero tenía un sabor tan desagradable que renuncié a vender el resto. Probé a freír algodón hidrófilo con un hornillo eléctrico; tenía un vago sabor a azúcar quemado, pero un aspecto tan lamentable que lo consideré difícilmente vendible. Intenté vender directamente el algodón en la enfermería del campo; lo probé una vez, pero era demasiado voluminoso y lo pagaban mal. Me esforcé para ingerir y digerir la glicerina, fundándome en el simplicista razonamiento de que, al ser un producto de la escisión de las grasas, de una manera u otra podría ser metabolizada y producir calorías, y quizá lo hizo, pero a cambio de desagradables efectos secundarios.

Había una lata misteriosa en una estantería. Contenía una veintena de pequeños cilindros grises, duros, incoloros, insípidos, sin etiquetar. Era algo muy extraño, porque se trataba de un laboratorio alemán. Sí, es verdad, los rusos estaban a pocos kilómetros, la catástrofe se respiraba, casi se palpaba,